Nueva edición de

ROCAMBOLE

Los 40 episodios completos

En 40 números semanales

Tomos de más de 100 páginas

EJEMPLAR: 50 CÉNTIMOS

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID



LOLITA SE PONE NERVIOSA

La Novela Sugestiva

LOLITA SE PONE NERVIOSA

por

SEVERO MORALES

Ilustraciones de
DEMETRIO

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

14

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID

Envío

La he visto a usted, Lolita, surgir muchos atardeceres de la penumbra de un portal en compañía de Ella, la que yo más quiero. Y con tal motivo, y, además, por su personal simpatía, bien merece usted esta página de honor, gentilísima amiguita.

SEVERO

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID



OLITA es una criatura deliciosísima. Tiene muchas excelencias, entre ellas la de tener dieciocho años, y muy pocos defectos. Uno de éstos, el principal, quizá, es su excesivo nerviosismo. Cuando Lolita se pone nerviosa, se acabó todo; hay que desistir de lo que de ella quiera lograrse.

Lolita nerviosa es una cosa muy seria. La chiquilla reconoce su defecto; pero, según su sincera declaración, no lo puede remediar. Dice:

—Ni a los nervios ni al corazón se les manda. Yo soy muy nerviosa, muy nerviosa, excesivamente nerviosa. ¿Y qué le voy a hacer si he nacido así?

¡Cuántos disgustos deben los novios de Lolita a los nervios de esta encantadora criatura!

Porque Lolita ha tenido ya varios novios y en su corazoncito hay que hacer cola. Ahora parece que va de veras la cosa con Pepe Antonio, un

niño bien, pero bien de verdad, mozalbete desombrerado y con una cabellera negra, profusa y ondulada, que hace suspirar a cuantos calvos se tropiezan con ella.

Pepe Antonio quiere infinitamente a Lolita. Llevan ya dos meses de relaciones... ¡y es la caraba! ¡Ay, si no fuera porque Lolita se pone nerviosa!

Esto es lo que constituye la desesperación de Pepe Antonio, como la constituyera en los anteriores novios de Lolita.

Pero Pepe Antonio es hombre tenaz y se ha propuesto domar los rebeldes nerviecillos de Lolita.

¿Lo conseguirá?

Cuando sus amigos le dicen:

—Con esa muchacha no irás a ninguna parte. ¡Tiene unos nervios imposibles!

Pepe Antonio sonríe misteriosamente y contesta:

—¡Mejor! Así me gustan a mí las mujeres; con mucho nervio. ¡Deliciosas mujeres aquellas que, en el preciso momento, saben ponerse... nerviosas!

Hay que tener, pues, confianza en Pepe Antonio, lector. ¡Quién sabe si, a lo mejor, es el mejor galeno que haya podido tocarle a nuestra encantadora amiguita para llevar a sus nervios templanza, sin recurrir a la clásica tila!

Y como esto como preámbulo ha quedado bastante expresivo, hagamos un aparte y entremos de lleno en el nervio de la novela.



Se encierra en su habitación Lolita y comienza a desnudarse. Todo se lo quita, hasta la suave camisita malva, tras la que aparece en su prístina belleza, gentil, delicadísima, su cuerpo incomparable...

¿Va a meterse Lolita en el lecho de semejante manera por mor del calor en esta noche del mes de junio?

No. Porque apenas libre su cuerpo divino de la sutilísima envoltura, Lolita alza en pabellón otra linda camisita, rósea ahora, ya preparada, y la deja caer suave y diestramente sobre su cuerpo, cambiando seguidamente de traje, medias y zapatos.

Lolita, pues, no se va a acostar. Lolita se pone más guapa aún que antes lo estaba—¿es esto posible?—y se dispone a ir a la Florida, en la clásica noche de la verbena de San Antonio.

Ni que decir tiene que va con Pepe Antonio, su novio.

—¡Hasta luego!—dice en su casa con ese deje madrileño que vale por la gracia sevillana.

—Que no tardes, hija—dícela su madre, casi emocionada al contemplar el pedacito de gloria que echara al mundo.

—No tenga usted cuidado, madre, que voy con Pepe Antonio, y, además, me sé yo guardar muy bien.

Y sale a la calle seriamente, gentilmente, guapísimamente, hecha toda una mujercita.

Pepe Antonio la ve llegar y se le saltan las lágrimas de admiración y de cariño.

—¡Lolita! ¡Vida!

—¡Tonto! ¡Bobo!

Y los novios, desde la calle del Limón, donde Lolita vive, se dirigen despaciosos plaza de España abajo, a la verbena de San Antonio de la Florida.

Mucha gente, mucha animación, mucho humo, mucho polvo, mucho estrépito y muchas mujeres guapas. Esto suele ser una verbena. Podrá faltar lo primero y lo último, pero lo demás nunca falta. Antaño las verbenas tenían el aliciente de que a ellas se iba a ver pantorrillas en los columpios y en los tíovivos. ¿Hoy? Hoy las mujeres no tienen secretos para nadie y los hombres padecemos inacabable indigestión de piernas de todos los calibres y de los más variados torneados. Pero como



Cambiando seguidamente de traje, medias y zapatos

hay que ir a alguna parte, a pesar de todo, pues vamos a la verbena porque allí van ellas.

Además, en esta ocasión, si no fuésemos a la de San Antonio, la más sonada de todas, digan lo que quieran los calendarios, no podríamos encontrarnos con nuestra sin par Lolita, que, como ustedes supondrán, era devorada por la vista de todos cuantos amantes de la belleza femenina tenían la suerte de encontrarse con la enloquecedora muchachita.

—¿Qué quieres que te compre, nena?—pregunta Pepe Antonio a su novia.

Ella contesta burlona:

—¡Un pito!

Pepe Antonio sonríe ante la picardía, y murmura:

—¡De buena gana!

El *carrousel*.

—¿Subimos, Lolita?

—Bueno.

En sendos cerditos giran y giran durante unos minutos. Las pantorrillas de Lolita son como airón de sensualidad y de deseo que hacen estremecerse al gentío que junto al círculo del *carrousel* se apiña. Todos los hombres fijan en ellas sus miradas ansiosamente y suspiran al verlas desaparecer en el girar del artilugio.

¿Tan lindas son que aun en estos tiempos de libre exhibición logran despertar tales anhelos? No es eso sólo. Es que, aun cuando son lindas, las

pantorrillas de Lolita se exhiben de tan generosa manera, que muestran las ligas negras y aun una exquisita franja de carne sonrosada. Y esto, en junio de 1930...

¿Se da cuenta de ello la encantadora criatura? Es de creer que no, porque, conocida su manera de ser, de darse cuenta de semejante involuntaria exhibición, Lolita se pondría nerviosísima.

Se da cuenta, sin embargo, de la atracción que su personita ejerce. Por eso, cuando su novio la pregunta:

—Lolita, ¿te mareas?

Ella contesta:

—¿Yo? No. Los que se marean son los de abajo.

Afortunadamente que el martirio termina pronto, porque dos perras gordas dan poco de sí... y Lolita no quiere continuar... girando.

—¿Bajamos, nena? ¿O seguimos?

—Bajamos.

Y el sugestivo y gratuito espectáculo termina para los mirones.

El tubo de la risa. Allí la alegría sana de Lolita se desborda. Ríe Lolita *hasta que la duelen las tripas*.

—¿A otra cosa, Lolita?

—Vamos.

Una rifa. Pájaros exóticos.

—Si nos toca un lorito, Pepe, ¿qué le vamos a enseñar que diga?

—¿Qué? Esto: «Lolita guapa, ¿quién te quiere a ti? ¡Tu Pepe Antonio!»

—¡Bobo!

Y, claro, como la suerte no se ha hecho para los enamorados, que bastante tienen con quererse mucho, Pepe Antonio y Lolita se quedan sin que les toque, no ya un loro, sino un pintado jilguerillo.

—¿Unos churritos?

Unos churritos.

Ahora, en un extremo de la verbena, la umbría los atrae...

—¿Un paseíto por la arboleda, hacia Puerta de Hierro?

Es Pepe Antonio quien lo propone, con cierta emoción, temeroso, además, de que su novia, amiga del bullicio, rechace la proposición.

Lolita sonríe, sutil, misteriosamente. Y, sin decir que sí, acepta.

La verbena de la Florida se va quedando atrás. Hasta la parejita llegan, cada vez más amortiguados, el rumor de los organillos y de la gente. Ante ellos es la sombra y la quietud: la naturaleza dormida... Ya se oye el melancólico rasgueo de los élitros de un grillo. Un mochuelo lanza sus intermitentes y tristes llamadas, que son en la noche vanos imploros de amor. Un tren silba, resopla a lo lejos...

Los labios de Pepe Antonio van querenciosos

hacia la boca de la mujer amada, que no se esquiva.

—¿No es esto mejor, Lolita?

—Todo es bueno en la vida cuando la juventud, la alegría y el amor se encuentran juntos—dice sentenciosamente la muchacha, que ha leído a Guido da Verona.

Las manos enlazadas, dedos entre dedos, en un tan cabal acoplamiento, que, como dice Pepe Antonio, ya no hay más allá...

—Que triunfe la noche, que triunfe el amor, que la vida triunfe—declama el novio.

Y la novia:

—¡Bésame, Pepe Antonio de mi vida! ¡Bésame más! ¡No te canses de buscar mi boca! ¡Bésame... hasta que me ponga nerviosa!

Las manos se desunen. A lo largo de la espalda de la encantadora muchacha corre la caricia hasta detenerse en su más prominente carnosidad...

La mano exploradora cambia de ruta...

Una banda de suspiritos de dicha se alza quedamente del pecho angustiado de la virgen, que gime al fin, vencida:

—¡Déjame ya, Pepe Antonio! ¡Déjame ya, que me estoy poniendo nerviosa!



TARDECE. Lolita sale de compras. Va sola. Necesita medias. Por lo menos, así se lo ha asegurado muy seriamente a su madre, que la ha replicado:

—Pero, hija mía, ¡si tienes todavía en el armario dos pares sin estrenar!

—Ya lo sé. Pero como esos colores ya no se llevan...

La madre de Lolita se queda como el que ve visiones. Y piensa que su encantadora hija ha dicho que iba a comprarse medias como podía haber pretextado otra cualquier cosa.

Y la deja ir a la calle, tranquilizada, a pesar de todo, porque sabe que Lolita es hembra capaz de guardarse sola.

¿Cuántos metros necesita andar de Madrid una criatura tan linda como Lolita para ser seguida

por un hombre? Muy pocos. Quince o veinte cuando más.

Y Lolita, apenas salida de su casa, ya tiene un seguidor, suceso del que ella se da cuenta en el acto.

¿Veinte, treinta, cuarenta años el galán? No. ¡Sesenta!

Lolita no se incomoda. ¿Es un admirador? ¡Pues bien venido sea! Aparte de que ella tiene una predilección especial por los hombres de edad provecta. ¡Son tan interesantes esos vejetes de rostro arrugado, blancos cabellos y ojillos picarescos! ¡Se les ocurren a veces unas frases tan dulces, tan conmovedoras o tan risiblemente salaces!

En cierta ocasión, uno de estos sexagenarios...

Pero no hace falta recurrir a viejas historias: con el personaje de ahora, tipo interesantísimo de viejo verde, tenemos tela cortada para hacer un buen traje, aun cuando éste fuera destinado al mismísimo Primo Carnera.

Lolita, al darse cuenta de que es seguida, no aprieta el paso. ¿Para qué? Jamás tuviera miedo a los hombres; antes bien, el contacto con ellos érale grato. Los hombres... ¡pobrecillos! Bien poco son, a pesar de su fuerza y de sus nervios, al lado de una frágil muñeca como Lolita, que posee el arte dominador de saber sonreír.

Lolita, ya alejada un tanto de su casa, se detiene ante el escaparate de una zapatería cual-

quiera. Quiere ver de una manera discreta el tipo, el rostro de su seguidor reflejado en el cristal de una manera harto imperfecta, sí, pero lo suficientemente clara para la avispada muchacha, cuya ojeada vale por todo un manual de psicología.

La rápida inspección satisface a Lolita, por cuanto se dice:

—No está mal. Veremos qué se trae en el pico este buen señor.

Y sigue adelante en su camino, dirigiéndose hacia la Gran Vía.

Al llegar a Madrid-París, se detiene, y adelántase bajo los soportales hacia los amplísimos escaparates.

Lolita sonríe vagamente ante un magnífico maniquí vestido con un lindo traje de crespón Georgette. Y no porque el modelo la deslumbre, sino porque en el reflejo de los cristales observa cómo el vejete se la aproxima...

El banal abordaje:

—¿Le gusta a usted mucho ese vestido, jovencita?

—Mucho. ¿Y a usted?

—Yo no entiendo de eso. Pero si a usted le gusta...

Con gentilísimo descaro, Lolita lanza:

—¿Qué? ¿Va usted a comprármelo?

—Quizás...

—Pues..., cuando usted quiera. Estoy a su disposición.

El vejete sonríe, sus manos tiemblan. Su mirada se enciende. Y, poniéndose decididamente al lado de Lolita, como tesoro ya conquistado:

—Antes, divinidad, sería preciso que...

Su palabra se hace torpe. La lujuria desborda en su senil naturaleza...

—¿Qué?

Complácese Lolita en desafiarle, juzgando aquel momento como un galante escarceo del que su audacia ha de salir triunfadora, sin más que cortar la escena donde a ella le acomodase.

El se lanzó al asalto, embriagado ya por la salacidad:

—Que me acompañases unos instantes a una casita donde yo te haría muy feliz; en donde... ¿sabes?... ¿sabes?...

Se hunde, se pierde el pobre hombre en los carrascales de la lujuria. Roja su faz, sus ojillos arden perdidamente en la luminaria del deseo.

A Lolita todo aquello, lejos de desazonarla o asquearla, la hace gracia. Después de todo, un viejo, ¡qué podrá hacer!...

Y la invade la idea perversa y arriesgadísima de seguir la aventura, de encararse por vez primera en su vida con el momento trascendental en que la voluptuosidad triunfa plenamente.

¿Qué peligro podrá correr?

Y no cesa de decirse:

—¡Un viejo! Después de todo...

No la interesa sacar un resultado práctico, mercenario, de semejante conquista, sino que, parapetada su doncellez, de la que de ningún modo está dispuesta a desprenderse, en la pretendida insolvencia del vejete, que ella cree, sin lógico fundamento evidente, su espíritu curioso, de mujer al fin, descubre quizá, sin riesgo alguno, la suprema y misteriosa meta de todo amor, que tanto inquieta a las vírgenes.

Y contesta confusamente Lolita, envolviendo sus palabras en el rosado manto de un rubor que no es del todo afectado:

—Si no intenta usted seducirme... Si sólo se trata de... de...

Ella no sabe a punto fijo lo que quiere prometer ni lo que desea reservar. Pero sabido es que semejantes indecisiones, que tales medias palabras son más elocuentes que muchas contundentes manifestaciones.

El vejete murmura:

—¡Oh! No tengas cuidado. Conmigo... Yo sé tratar muy bien a las muchachas que son tan bonitas como tú. ¿Vamos?

—Vamos.

Echaron a andar el uno junto al otro, sin llamar la atención de la gente, como padre e hija. Van silenciosos, preocupados, absorbidos por la idea que los reune: hundido en su torpe lujuria el sexagenario; enredada en su curiosidad la muchacha, algo nerviosilla y un tanto inquieta, pero decidida a llevar hasta el final la aventura.

Pregunta Lolita por romper aquel caminar silencioso, que acaba por desazonarla:

—¿Es muy lejos?

—No. Ahí, en la calle de Peligros.

Y luego de una pausa:

—¿Tienes mucha prisa?

—Mucha, mucha, no.

—En seguida llegamos. Por eso no hemos tomado un auto. ¡Y eso que me hubiese gustado!...

En los ojillos brillantes del vejete arden vívidas las hogueras de la lujuria. ¡Lo que él hubiese disfrutado en el auto, teniendo ya a su merced a la encantadora criatura!...

Llegan por fin a la calle de Peligros.

Una casa de banal aspecto, burguesa, de esas que a nadie puede inspirar desconfianza; una casa tan reservada, que logra escapar a la perspicacia de la Policía...

En el segundo piso, el vejete y Lolita se detienen. Acude a abrir una señora de respetabilísimo aspecto, que sonríe acogedora al vejete y le dice, toda mieles:

—¡Ah! ¿Es usted, don Perfecto? Pasen ustedes, pasen.

Tiene Lolita un ramalazo de miedo ahora, y a punto está de retroceder; pero no se siente con fuerzas suficientes para ello y ya el vejete, con mano suave y codiciosa la impulsa hacia el interior...

Discretamente abandonados en un gabinete que

comunica con una alcoba, don Perfecto y Lolita se hallan frente a frente, y hay entre ellos una brevísima tregua de sosiego que el vejete quiebra avanzando hacia su presa y pretendiendo estrecharla entre sus brazos.

Lolita, entonces, siéntese ganada de una gran repugnancia. En su imaginación, donde sólo late la idea de la posesión... sin posesión, no se ha desarrollado la película tal como lógicamente habría de producirse: besos, abrazos, caricias, contactos, el desposeerse de los vestidos. Lolita sólo piensa en conocer *aquéllo* sin conocerlo, a la manera quizás como pasa el rayo de sol por el cristal: sin romperle ni mancharle. ¿Tendrá ahora que ser besada y estrechada entre los brazos de aquel vejete, por el que no siente afecto alguno, sino una cada vez mayor repugnancia? ¿Se desposeerá de sus vestidos para ofrecer sin rebozo la gracia de su cuerpo a un hombre no amado, no deseado, admitido tan sólo por yo no sé qué ráfaga de locura?

Toda su valentía, toda su ansia de saber se viene abajo.

Comprende que, para saber plenamente, la es preciso arrostrar demasiado, y que para eso..., para eso no valía la pena de traicionar a su novio Pepe Antonio, sino más bien servirse de él alegre y gustosamente para tales experiencias.

Y ya no piensa en otra cosa sino en escapar de la ratonera en la que se ha metido.

Rechaza los brazos que hacia ella se tienden y reuniendo todas sus energías, y echando mano de todo su ingenio, dice:

—¡Ay, no! ¡Déjeme usted ahora! ¡Déjeme usted! ¡Que estoy muy nerviosa! ¡Nerviosísima! Y yo, cuando me pongo nerviosa, no puedo, ¡vaya!, que no puedo...

El sonríe. Y de nuevo tiende sus brazos hacia la encantadora chiquilla, diciendo:

—¡Ya se te pasará, mujercita, ya se te pasará! Mira, vamos a ese diván. Déjame darte ahí unos besitos tan sólo. ¡Oh! ¡Si supieras cómo sé yo besar!

Lolita mira al vejete con una cara llena de un delicioso terror que la hace aún más codiciable. Y retrocede diciendo:

—¡No, no! ¡Déjeme usted! Y apague la luz. Y no se me acerque. De otro modo no podré ser suya. ¡No, no! ¡No se me acerque!

El vejete tiene un momento de vacilación.

¿Con qué clase de mujer se halla? ¿Acaso esta muchachita no es más que una locuela seducida por el escaparate de un almacén de modas?

Pero comprendiendo que en semejantes circunstancias lo más acertado es prestarse a los caprichos o extravagancias de estas encantadoras mariposuelas del amor, don Perfecto, complaciente, apaga la luz.

Inmediatamente extiende los brazos para apo-



—¡Un viejo! Después de todo...

derarse de la que ya comenzaba a estimar como preciada conquista.

Pero nada logra atrapar.

Clama:

—¡Muchacha! ¡Muchacha!

Nadie le contesta.

Prestamente da luz de nuevo.

Se encuentra solo en la estancia.

Su estupor es inenarrable.

¿Dónde podrá estar la traviesa criatura? Porque a don Perfecto no se le ocurre pensar en el primer instante que Lolita haya podido huir.

Busca hasta debajo de la cama.

Inútilmente. La chiquilla no parece.

Don Perfecto, que ya se halla medio desnudo, vuelve a vestirse.

Y llama.

Acude una criada de la casa.

—Agustina—pregunta don Perfecto—, ¿has visto salir a la muchacha que me acompañaba?

—Sí, señor.

—¿Y...?

—Y me ha dicho que no acudiera hasta que usted llamase. Que tenía usted mucho sueño y que necesitaba descansar.

Loco de ira, don Perfecto increpa a la sirviente:

—¿Y a ti no te ha extrañado? ¿Te has podido tragar semejante paquete, so animal?

—¡Claro! ¿Por qué no? ¡A sus años!...

Don Perfecto no tira nada a la cabeza de la maritornes porque no lo halla a mano.

Mientras tanto, Lolita se encamina rápidamente a su casa, un tanto corrida de la aventura, como gato escaldado. Lo que no impide para que, una vez serenada, se regocije íntimamente, pensando en el chasco que se llevaría el vejete en cuanto, al dar luz, se dé cuenta de que el pájaro ha volado de la jaula...





ERO Lolita queda malherida. Despierta, y sin dormirse ya su curiosidad, procura satisfacer sus anhelos con la persona más indicada para ello : esto es, con su novio. Por eso, en esta mañana del mes de junio pudo ser lo que minuciosamente va a relatar el novelista :

Lolita y Pepe Antonio en las primeras horas de la jocunda mañana madrileña, se reunen no muy lejos de casa de Lolita, como de costumbre, y echan a andar con dirección al Retiro. Ya en el lindo parque madrileño, buscan los más solitarios senderos y comienzan a desgranar el ardiente rosario de su amor.

Las palabras de Pepe Antonio en esta ocasión van rectas al alma de Lolita, y la conmueven como nunca ; las miradas de sus ojos pardos llegan hasta

el corazón y le rinden; la presión de sus manos sobre las de su novia, sacuden sus nervios y encienden su sangre, haciéndola experimentar una dulce sensación de anhelo.

—Ayer te besé a traición—dice Pepe Antonio a Lolita.

Ella no contesta; pero el joven dase clara cuenta de cómo su novia tiembla de amorosa emoción.

—Hoy quisiera besarte luego de que tus labios hayan aceptado el anhelo, diciéndome: «¡Bésame!»

Y como Lolita está ya conquistada por la fuerza del amor y por el fuerte impulso de la curiosidad, contesta:

—¡Bésame!

Sus bocas se juntan frenéticamente. Sus cuerpos se aplastan el uno contra el otro.

Es un beso largo...

Se hallan solos, entre los árboles, rodeados de sombras, bajo el tupido toldo del ramaje.

Luego echan a andar, cogidos de la cintura, sin palabras por el momento, hundidos en la ardiente sensación que acaban de experimentar al juntarse sus bocas.

Lolita es la primera en decir:

—¿Para siempre, Pepe Antonio de mi vida? ¿Para siempre? ¿Seremos ya, en adelante, el uno para el otro?

Y él agrega en un beso envolvente tras la oreja,

que produce en la muchacha la emoción de un eléctrico escarabajeo:

—¡Para siempre, vida mía! Nada habrá ya que nos separe.

Y así, entre frases de amor y promesas de eterna dicha; entre besos de ardiente pasión y caricias cada vez más audaces, Pepe Antonio y Lolita viven esta mañana la más gloriosa y esperanzada de toda su existencia, la más luminosa y buena, porque se halla amasada con lo más puro de sus almas, con lo más rosado de sus ilusiones, sin que ni en los más críticos instantes Lolita se sienta... nerviosa.

Es ya cerca del mediodía cuando Pepe Antonio, enloquecido, propone:

—¿Por qué no pretextas cualquier cosa en tu casa... y comemos juntos?

La proposición, como es natural, no es aceptada en el acto por Lolita. Pero Pepe Antonio insiste, lagotero, diciendo:

—¡Oh! Lo pasaremos muy bien. ¡Figúrate! Será como si jugásemos a marido y mujer, o, mejor, a recién casados. Buscaremos un restaurante tranquilo, discreto, donde nadie nos vea. Anda, nenita, no te niegues. ¡Si vas a ser tú luego la primera en alegrarte de ello!

—¿Y qué digo yo en mi casa?

—¡Oh! Pretextos no faltan. ¿No tienes más familia en Madrid?

—Sí. Tengo unos tíos que viven en la Guindalera.

—Pues te los has encontrado, te han convidado a comer y no has podido eludir la invitación.

—¡Claro! ¡Qué bien arreglas tú las cosas! ¿Y si de la noche a la mañana mis padres se encuentran con mis tíos, como es lo más fácil, y se descubre el engaño?

—Inventas entonces otro pretexto.

Lolita vacila. Los labios de Pepe Antonio se apoyan en la nuca de su novia y dejan en ella un ardiente beso que corre a lo largo de su espina dorsal como un definitivo latigazo a su sensualidad, ya despierta...

—¡Déjame, Pepe Antonio, déjame!—gime Lolita, ya sin fuerzas, en una súplica de entrega.

Una hora después, Lolita telefonea a sus padres en la forma que Pepe Antonio la indicara.





AHORA ya no es tan sólo en Lolita la curiosidad, sino el amor y deseo. Todo en ella es vencimiento y sus nervios no funcionan.

Allí, en el «discreto» restaurante que Pepe Antonio insinuara, Lolita se va sintiendo feliz como nunca. Su novio, muy junto a ella, muéstrase desbordante, obsequioso. La besa constantemente. haciéndola promesas de una eterna felicidad, que poco a poco, va materializándose, especializándose. ¡Y los contactos, cada vez más íntimos, embriagan a Lolita, tanto como el rioja que Pepe Antonio la hace beber sin tasa!

Para Lolita, su hogar y sus padres se hallan muy lejos, como cosas y personajes de otra vida, de otro mundo. Y no tiene tiempo de pensar en otra cosa que no sea la dorada pesadilla que está viviendo, pertinaz, absorbente, como de película.

La comida ha terminado. Entre los brazos de Pepe Antonio, Lolita, como una chiquilla mimosita y dulce, déjale besar, entornando los ojos, suspirando de vez en vez, como sumergida en un sueño de color de rosa.

—¿Me quieres, chiquilla mía?—pregúntala Pepe Antonio, lleno de amor y de deseos.

Y, suspirante, Lolita contesta:

—¡Oh, sí! ¡Mucho! ¡Mucho!

Pepe Antonio, lanzándose en el definitivo asalto, la propone:

—¿Entonces, Lolita, serías capaz de...?

Tiene miedo Pepe Antonio de terminar la interrogación.

Curiosa y lejana, Lolita pregunta:

—¿De qué, Pepe Antonio de mi vida? ¿De qué?

La besa nuevamente, para mejor vencerla.

—¡De ser mía, totalmente mía, Lolita!

Sin voluntad, sin conciencia, como si todo fuese un lindo juego, Lolita contesta:

—¿Es que no lo soy ahora mismo? ¡Tómame!...

Pepe Antonio, enloquecido, murmura:

—¡Es verdad! ¡Es verdad! Puesto que eres mía, ¿por qué no tomarte ahora mismo?

Allí vecino hay un diván, al que de cuando en cuando echa Pepe Antonio rápidas ojeadas. Sobre él impulsa, en un gesto brusco, a Lolita, que parece así despertar de su ensueño.

—¿Qué vas a hacer conmigo, Pepe Antonio?—suplica sollozante.

El entonces tiene miedo. Se abraza mimosamente a su novia y la dice:

—Nada, amor mío. Tranquilízate. Es que quería... ¡Qué sé yo qué locura!

Ella dice, para escapar al inminente peligro:

—Aquí, no. Aquí, no, Pepe Antonio... Aquí... ¡me estoy poniendo nerviosa! Y, cuando yo me pongo nerviosa, Pepe Antonio, no hay nada que hacer. ¡Hay que dejarme!

Pepe Antonio, que lo sabe demasiado, suspira:

—Sí, ya lo sé. ¡Demasiado!

—Pero no te enfades. ¿Eh, rico? No te enfades. Vámonos de aquí. Y para que veas que quiero ser tuya, llévame a otra parte... mejor. ¡Qué sé yo! A otra parte... donde no me ponga nerviosa.

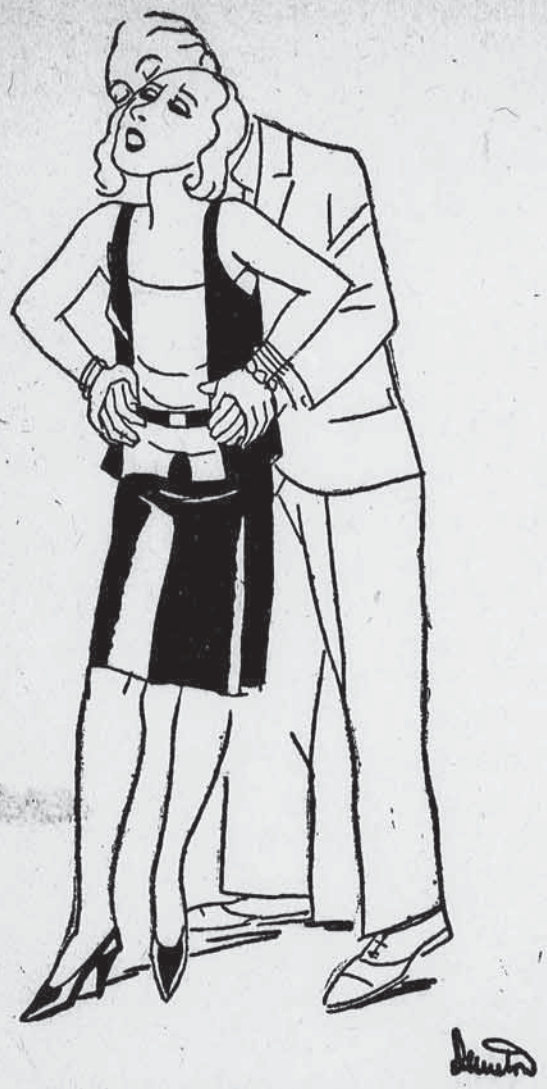
Pepe Antonio sonríe agridulce, viendo escapar su presa de amor:

—¿A otra parte donde no te pongas nerviosa, Lolita? ¿Podré hallar ese paraíso? ¡Pues no es eso difícil!

—Sí, sí. Le hallaremos. ¿Por qué no? Llévame a otra parte donde sea como nuestra casa, muebles agradables, lecho lindo, que sea como el sosegado nido de amor con que yo he soñado más de una vez.

Pepe Antonio llama al camarero, paga y la gentil parejita abandona el equívoco restaurante.

Es ya media tarde. Madrid resplandece bajo el



—¡Déjame, Pepe Antonio, déjame!

manto de oro que le cubre. Autos y personas pasan junto a Lolita y Pepe Antonio en ciudadano trajín; pero ellos no pueden darse cuenta de nada. Van entre gentes y cosas como fantasmas, en pos de otro mundo mejor, guiados por la luz orientadora del amor.

De pronto se detienen ante una casa de simpático aspecto.

Antonio sonríe animoso a su novia y la dice impulsándola hacia el portal:

—Aquí es.

Lolita no se resiste. Tan decididamente como penetrara en la casa a donde don Perfecto la condujera, guiada tan sólo por la curiosidad, penetra ahora en esta morada del brazo de la curiosidad también y del amor.

Halla Lolita, al fin, el nido con que, según su confesión, soñara.

Pepe Antonio, antes de comenzar a desnudar a su novia, de la que va a hacer su amante, la pregunta, luego de un largo beso:

—¡Lolita! ¡Amor mío! ¿Vas a ponerte aquí también nerviosa?

Y la muchacha contesta cándidamente:

—¡No, mi Pepe Antonio, no! ¡Yo creo que no!

Y, efectivamente, esta vez, la más trascendental de su vida, Lolita no se pone nerviosa.



L verano separa ya a los amantes. Son, entonces, cartas apasionadas, promesas de una dicha sin par, ya en lo futuro sin pausa. Pepe Antonio escribe desde Ribadesella, encantador pueblín de la costa cántabra, donde pasa las vacaciones con sus padres. Lolita permanece en Madrid, aburriéndose y asándose, contenta tan sólo por la felicidad que la espera en cuanto su amante regrese del veraneo.

Una vez Pepe Antonio en Madrid, organiza las cosas de manera que las entrevistas con Lolita tengan lugar en un confortable refugio.

Se procura una linda *garçonnière* en el barrio de Salamanca.

¡Con qué emoción, con qué anhelo acude Lolita a la primera cita!

Bastante antes de la hora convenida, ya está la encantadora muchacha en la *garçonnière,* de la



CUDEN casi todas las tardes a la *garçonnière*. Y todas las tardes es el desbordamiento, la locura.

Pepe Antonio llega ya a tener miedo.

—¡Te vas a matar, chiquilla!—dice a Lolita.

Y ella ríe triunfal, sin pensar en que lo mismo se muere de hartazgo que de hambre, y que igualmente perece un gran amor por exceso de sol que por vivir en la sombra.

Ama ya Lolita con tanto fervor a Pepe Antonio, que no se da cuenta, a medida que su desbordamiento es mayor, de que en su amante se secaba el venero.

Insensiblemente, el amor vase transformando en voluptuosidad exclusiva, en vicio, en desorden.

Los amantes pierden ese ritmo que anima las cosas duraderas, eternas.

que posee una llave. Espera a Pepe Antonio con verdadera ansiedad, aderezando su cuerpo con todos los resortes del tocador, como una cocota deseosa de conquistar a un buen cliente.

En la espera, impaciente ya, va constantemente hacia el balcón, atisbando tras los visillos para ver si ve llegar a Pepe Antonio.

Vase también a extenderse en la magnífica *chaise-longue* del coqueto gabinetito, y, tomando el retrato de Pepe Antonio, que se halla sobre una inmediata cónsola, le contempla con arrobo y le besa con pasión inmensa, como si fuese su propio amante y le tuviera ya entre sus brazos.

Por fin, llega Pepe Antonio. Lolita oye escarabajear una llave en la cerradura y corre desalada a recibir a su amante. Sin cerrar la puerta aún, se unen en un gran abrazo, exhalando un doble grito de salutación.

—¡Lolita!

—¡Pepe Antonio!

Impulsa Lolita la puerta con el pie para que se cierre, y, unidos, sin que sus cuerpos pierdan contacto, van hacia el gabinete, y sin alientos para pronunciar la menor palabra, caen, sedientos de amor, sobre la *chaise-longue*...

Tras la primera resurrección de amor, son las palabras, las frases mimosas:

—¡Cuánto hemos sufrido en la espera, amor mío!

—¡Cuánto, sí! Pero ahora vamos a ser muy

dichosos, vamos a vivir como en un paraíso, queriéndonos mucho, mucho... ¿Verdad, tesoro mío?

—Sí... sí... sí...

En la alcoba ya, y durante unos segundos, los amantes contemplan el lecho calladamente.

Como no sé en qué comedia, Pepe Antonio pregunta:

—¿En qué piensas mi vida?

Lolita le contesta con cierta sonrisa de picardía, que él premia con un beso enloquecedor:

—En lo mismo que tú.

Son dichosos.

Entreabren el lecho.

—¡Está virgen aún!—ríe Pepe Antonio.

—¡Qué horror!—exclama Lolita en una deliciosa compunción—. Eso no puede ser.

Y, desasiéndose de los brazos de Pepe Antonio, Lolita comienza a dejar caer sus escasos vestidos al pie del lecho, como flor que por sí misma se deshoja...





CUDEN casi todas las tardes a la *garçonnière*. Y todas las tardes es el desbordamiento, la locura.

Pepe Antonio llega ya a tener miedo.

—¡Te vas a matar, chiquilla!—dice a Lolita.

Y ella ríe triunfal, sin pensar en que lo mismo se muere de hartazgo que de hambre, y que igualmente perece un gran amor por exceso de sol que por vivir en la sombra.

Ama ya Lolita con tanto fervor a Pepe Antonio, que no se da cuenta, a medida que su desbordamiento es mayor, de que en su amante se secaba el venero.

Insensiblemente, el amor vase transformando en voluptuosidad exclusiva, en vicio, en desorden.

Los amantes pierden ese ritmo que anima las cosas duraderas, eternas.

Gozar, gozar más es su lema, aunque para ello sea preciso hundirse en el fango, en la impureza. ¡Todos los deleites, todos los placeres, todo cuanto su imaginación les sugiere, todo cuanto en los desvaríos eróticos de los novelistas hallan!

Pepe Antonio a veces, reaccionando, dice:

—¡Me vas a matar, chiquilla! ¡Me vas a matar!

¿Planes para el porvenir? Ninguno tienen los amantes. Y, sin embargo, la vida no es así.

Lolita no se da cuenta del desasimiento de Pepe Antonio hasta que el mal no tiene remedio.

Un día es:

—Chiquilla, ¿pero no te harta ya tanta *garçonnière*?

Contesta Lolita:

—No. Sería tanto como decir que me hartas tú.

El comprende su torpeza y trata de remediarla con caricias, supremo remedio para todos los males de amor.

Otro día dice Pepe Antonio:

—No estudio, no me ocupo de mi carrera, voy a perder el curso.

—Lo que quiere decir que ya te pesa el ocuparte demasiado de mí.

—No es eso, mujer.

—Viene a ser lo mismo.

Besos, caricias. Y de nuevo la tempestad se aleja.

Al fin, Pepe Antonio declara:

—Mañana no podré venir.

—¿...?

—Ni tampoco pasado mañana.

—¿...?

—Tengo que estudiar. Ya te lo dije.

—¿Tanto te roban las dos o tres horas que pasamos juntos?

—Es que luego... no tengo fuerzas ni espíritu para ocuparme de nada.

—Pero tienes la noche para descansar, para «reponerte»... Y toda la mañana para estudiar...

—No lo creas, no. Necesito también toda la tarde.

Lolita contesta con ira:

—¡Pues tómatela!

El va hacia la amante, y la envuelve en un abrazo, diciéndola:

—No te enfades, muñeca, no te enfades. Reconoce que tengo razón.

Rompe a llorar Lolita bruscamente, diciendo:

—Lo que sucede es que ya tú no me quieres.

El contesta:

—¿Por qué dices eso? ¿Qué motivos tienes para ser tan injusta conmigo?

Lolita sigue llorando sin contestar a Pepe Antonio, retirándose al diván del gabinete para desatar allí su pena. Pero Pepe Antonio va junto a ella y empieza a acariciarla hasta lograr transformar su dolor en desbordante voluptuosidad, que él colma hasta el hartazgo.

Y luego, en ese temible sosiego que sucede al placer logrado, en que ya las almas pueden contemplarse cara a cara, sin la careta de la lujuria:

—¿Me quieres, Pepe Antonio?

—Pero mujer...

La besa. Pero todo en él es desasimiento.

Se despiden efusivamente; pero ni al día siguiente ni tampoco al otro, según anunciara, Pepe Antonio acude al dulce nido, donde tantas venturas hallara...





COMIENZA el alejamiento. Y ahora ya menudean los espacios de dos y tres días entre las entrevistas de los dos amantes.

Cada vez siente Lolita a aquel hombre menos suyo. ¡Cada vez, a medida que él se aleja de ella, le quiere más! Y acaba por no dirigirle recriminación ninguna y por avenirse a todo, por miedo a perderle. Se siente su esclava, dispuesta a aceptar todos los yugos, con tal de que sus cadenas no se quiebren. Y él se da perfecta cuenta de ello, y, quizá por eso mismo, lo que es ya para él una carga, le pesa cada vez más.

¿Romper? Mas ¿cómo? Nada puede reprochar, nada puede hacer hincapié en el menor pretexto.

Pasa el invierno, la primavera. Se va acercando nuevamente el verano. Pronto va a cumplirse el aniversario de las culpables relaciones.

Un día, ya en junio, dice Pepe Antonio a Lolita:

—¿Tampoco este año salís vosotros de veraneo?

—Tampoco.

Pepe Antonio agrega, sin gran entusiasmo:

—Yo no podré salir este verano de Madrid...

Lolita se arroja a su cuello, radiante de alegría.

—¿Entonces este verano no nos separaremos, como yo temía?

El no puede reprimir un gesto de desagrado.

—¿Te contraría que así sea?—le dice Lolita.

—Es... que debiéramos descansar—contesta aturdidamente Pepe Antonio.

—¿Descansar de qué?—replica Lolita con cierto asombro.

—Descansar, mujer, descansar...

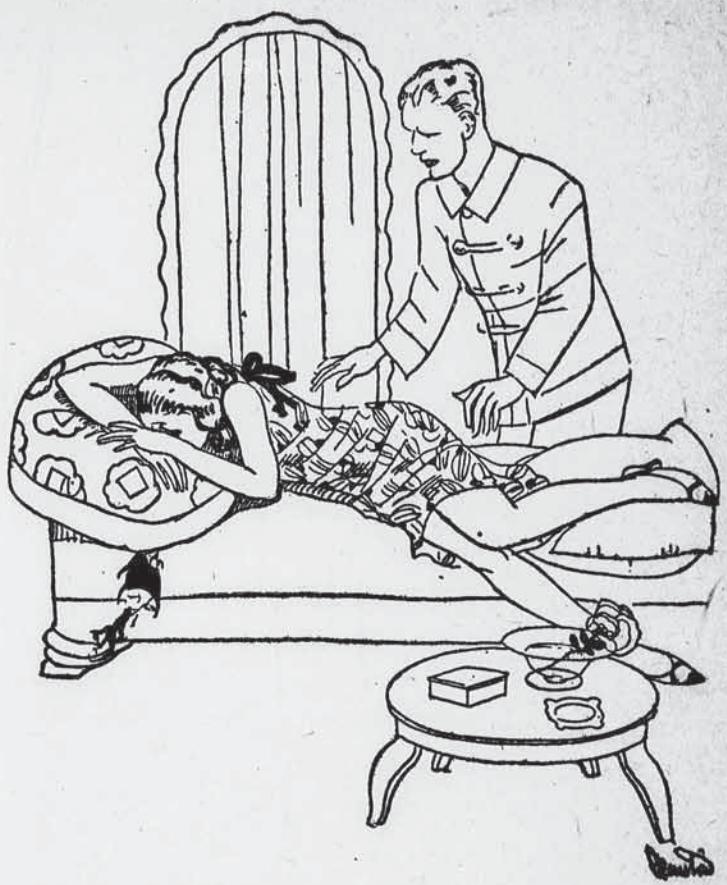
—¿A estar separados durante tres meses llamas tú descanso?

—No es eso; no es eso...

Se embarulla, y, no sabiendo resolver con la palabra lo que tan torpemente explanara, comienza a besar a Lolita, a rendirla con las armas, para ella irresistibles, de la voluptuosidad, como siempre.

Días después de esta escena se da cuenta Lolita de que Pepe Antonio se halla muy preocupado. Parece prisionero de una irresistible idea que le martiriza cruelmente.

—¿Qué te sucede?—se aventura ella a decirle.



Lolita sigue llorando sin contestar a Pepe

—¿A mí? Nada. ¿Qué quieres que me suceda?

—¡Qué sé yo! Muy preocupado sí te hallo.

Pepe Antonio se encoge de hombros.

—No sé. Tal vez mis estudios. Como tengo que repetir en septiembre por haber perdido el curso...

Casi la convence.

Al día siguiente, Pepe, que apenas se exhibe ya con Lolita en cafés o en teatros, la dice:

—Mira, mañana vamos a salir.

—¡Ah! ¿Sí? ¡Qué gusto! ¿Y dónde piensas llevarme?

—Al circo. ¿Te parece bien?

—Yendo contigo... ¡figúrate!

Al día siguiente, en efecto, van a Price, donde lo pasan muy distraídos. A la salida del espectáculo Pepe Antonio propone:

—Vamos a tomar por ahí un bocadillo.

Y se meten en una cervecería de la calle de Alcalá.

Apenas instalados ante la mesa, un hombre joven, de fisonomía parecida a la de Pepe Antonio, penetra en el establecimiento. Al divisar a los amantes se acerca a Pepe Antonio y, luego de saludar a Lolita con una ligera inclinación de cabeza, estrecha su mano.

—Lolita, te presento a mi primo Laureano.

Se sienta con los amantes el recién llegado y se entabla un animado diálogo. Permanecen los tres en la cervecería poco más de una hora, y, al despedirse de Laureano, Pepe Antonio, con cierto

aturrullamiento, que no escapa a la perspicacia de Lolita, invita a su amigo pariente así:

—¿Por qué no vienes a tomar el té mañana con nosotros?

Laureano acepta y Pepe Antonio le da las señas de la *garçonnière*.

Aun cuando nada dice Lolita a su amante, el suceso la disgusta sobremanera. Aquella intromisión en la intimidad de su dulce nido de amor la parece de mal agüero.

Laureano no deja de acudir al día siguiente a tomar el té con los amantes. Pepe Antonio, para justificar su proceder, ha dicho a Lolita:

—Es menester que te vayas acostumbrando a ser la señora de tu casa.

—¿De qué casa?

—De la casa que tendremos uno u otro día los dos ya casados, y en donde habremos de recibir a nuestras amistades.

Sonríe Lolita contenta y esperanzada, sin comprender que aquellas palabras son tan sólo la capa de azúcar que disimula el amargor de la horrible píldora que su amante pretende hacerla tragar...



ESDE el primer día, Laureano pretende conquistar la simpatía de Lolita, cultivando su ánimo con exquisito cuidado, tarea en la que le ayuda Pepe Antonio. Y si no lo consigue del todo, por lo menos sí logra que su presencia no le resulte odiosa a la muchacha, lo que no es poco en semejantes circunstancias.

Laureano permanece una o dos horas con los amantes, y luego, discretamente, se va, dejándolos solos.

En cierta ocasión, Pepe Antonio dispara a quemarropa:

—Lolita, ¿qué te parecería si Laureano se enamorase de ti?

Hace la pregunta Pepe Antonio sonriente, sin pizca alguna de posibles celos, y Lolita contesta, de un modo para él inesperado:

—¿Y a ti?

Serenamente, con una serenidad que hiela la sangre de la enamorada y es una terrible puñalada a su amor, Pepe Antonio contesta:

—Psche... ¡Si tú también le querías!

Palideciendo, Lolita murmura:

—Gracias.

El ríe. Y abrazando a la muchacha, la dice:

—¡Tonta! ¿No comprendes que es una broma?

Pocos días después de este incidente, Laureano, que siempre cuando va a la *garçonnière* llega con Pepe Antonio, se presenta solo, diciendo a Lolita:

—Esta tarde no vendrá Pepe Antonio. Se encuentra algo malucho. Me ha rogado que venga a comunicárselo a usted para que no le espere.

Lolita invita a sentarse a Laureano, algo desazonada y le dice:

—Muchas gracias. Vamos, pues, a tomar nuestra cotidiana tacita de té y en seguida nos iremos.

—Como usted guste.

Frente a frente, separados por la consola, sobre la que humean las dos tacitas del té, Lolita y Laureano charlan.

Desde las primeras palabras que cruzan, el diálogo trascendental se impone. Dice Laureano:

—¿Me permite usted que sea franco?

—Dígame.

—He observado que quiere usted a Pepe Antonio mucho más que él a usted.

—Así es. Y no se necesita ser muy perspicaz para darse cuenta de ello.

—¿Y no le duele a usted eso?

—¡Claro! Mas, ¿qué le voy a hacer yo, queriéndole como le quiero?

—Buscar un hombre que merezca su cariño mejor que Pepe Antonio le merece.

Lolita, levantándose indignada, dice:

—Me parece que esta conversación debe terminar aquí. ¡Parece mentira que sea usted, y en este momento, quien me hable de ese modo!

—En efecto; nadie más que yo podría hacerlo con más derecho. ¿Por qué? Porque quiero a Pepe Antonio, porque la estimo a usted, porque sé que un día u otro estas relaciones han de terminar, y entonces se verá usted sola, sin rumbo, transida por la pena... Mientras si su corazón reaccionara, apartándose del abismo a cuyo borde se halla...

Lolita está roja de indignación. En ella se alza vehementemente el deseo de arrojar, brusca, a aquel hombre de su presencia; a aquel hombre cuyas manos temblorosas sienten ya impaciencia por la posesión; a aquel hombre cuyos ojos lucen encandilados por la lujuria...

—Cállese, Laureano, cállese. Y vámonos por no decir lo que debiera: váyase...

Avanza Laureano ya decidido, hacia Lolita, y estalla:

—Sí, Lolita; apartándose del abismo a cuyo borde se halla, y yendo recto hacia el hombre que la adora desde que la conoció, que la ha de ser fiel, que quiere ser lo que es usted de Pepe Antonio: esclavo... ¡Quiérame, Lolita, quiérame, y sea usted dichosa, que bien lo merece!

Está ya junto a ella. Su aliento la quema. Su emoción la interesa ya, haciendo huir su indignación...

—¿Y Pepe Antonio?—dice la atormentada.

Entonces, el puñal que hasta entonces Laureano escondiera cuidadosamente, surge mortal:

—Pepe Antonio no vendrá más a esta casa. Pepe Antonio ya no está en Madrid. Pepe Antonio huye...

No quiere creer Lolita la horrible cosa.

—¡No es verdad!—grita.

—¡Se lo juro! Además, puede usted enterarse fácilmente, y, si la he mentido, escúpame al rostro...

Son sinceras sus palabras. Cae sobre la *chaise longue* y solloza, solloza...

Durante un buen rato, Laureano, sin acercársela, contempla callada y silenciosamente su dolor. Al fin se aproxima a la *chaise-longue,* y, tomando una de las manos de la desventurada entre

las suyas, comienza a besarla mimosa, suavemente, mientras dice:

—¡Quiérame usted! ¡Quiérame usted, Lolita! ¡Yo sí que merezco su amor!

Laureano, poco a poco, se va excediendo en sus manifestaciones de ternura. Deja la mano para ir en peregrinación por el femenino cuerpo. Besa los cabellos, el rostro, la boca, en fin, de la deseada...

Y Lolita comienza a sentir sed de amor, sed de caricias, un ansia loca de ser querida, de no ser abandonada en su pena. ¡Y luego, su sangre moza hostigada por la boca y por las manos de aquel hombre!

Todo en ella es derrumbamiento. Su alma está muerta. Apenas si su carne se abre a la voluptuosidad, bajo las persistentes caricias de Laureano, que siente ya la evidencia de su próximo triunfo...

Y abandonando su cuerpo, al que se cree ya vencedor, Lolita mira en el ayer, en su esplendente y luminosa virginidad pasada, cuando en su vida no había más que risas... y... curiosidad; cuando se ponía nerviosa, que era tanto como sentirse honesta; cuando su gracia madrileña y su desenvoltura de chiquilla guapa y moderna eran tan sólo juventud alegre...

¡Oh! ¡Volver a su pasado de pureza y de sano buen humor!...

—Pero, hable usted, Lolita; hable usted...

¿Qué la sucede? Dígame: ¿me quiere? ¡Pronuncie usted la palabra de gloria!

¡De gloria! ¡Lolita piensa que va a comenzar a rodar de hombre a hombre, como una prostituta, como un juguete que en definitiva nadie estima, como algo que por ser muy apreciado nadie tiene el valor de conservar para sí, dándole un nombre más banal que el que se otorga en los momentos de la voluptuosa fiebre: el de esposa.

Y su pena no tiene fin.

Laureano, impaciente, excitado por las caricias que no deja de prodigar en el cuerpo abandonado, sin brújula, sin alma, sin voluntad, todo pena, se decide a tomar posesión de lo que cree que ya le pertenece, de lo que torpemente piensa que no espera más que el ser poseído.

Y sus manos comienzan a poner al descubierto el cuerpo divinísimo de la desventurada.

Hay entonces en Lolita como una ráfaga de pudor herido que la eleva en un salto atrás a los tiempos luminosos en que su virginidad resplandecía. Y, extendiendo las manos, rechaza al violador, intentando sonreír gazmoñena, como antaño:

—¡Déjeme, Laureano, déjeme! Déjeme ahora, ¡que estoy muy nerviosa!...

Pero no puede la invocación, el extravío sentimental, vencer a la realidad, al hoy de pena y de martirio, de abandono y de desventura. Y muere la apenas florecida sonrisa en un mar de lágrimas,

en un crepitar de sollozos, que hacen que el violador, asustado, contenga su lujuria y espere...

Y fué la última vez que Lolita exhalara su típica frase, enterrándola así definitivamente en lágrimas.



EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1. *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.
2. *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.
3. *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.
4. *Encarna la Misterio*, por F. Luque y E. Calonge.
5. *La pluma verde*, por Muñoz Seca y Pérez Fernández.
6. *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.
7. *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.
8. *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches, Paso y Estremera.
9. *Febrerillo el loco*, por Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
10. *Las cosas de Don Juan*, por J. I. Luca de Tena.
11. *La garra*, por Manuel Linares Rivas.
12. *La noche clara*, por Alfonso Fernández-Catá.
13. *La virtud sospechosa* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
14. *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.
15. *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.
16. *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.
17. *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.
18. *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.
19. *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.
20. *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.
21. *Madame Butterfly*, por V. Gabirondo y E. Endériz.
22. *Colonia de lilas*, por José Fernández del Villar.
23. *La locura de Don Juan*, por Carlos Arniches.
24. *La otra honra*, por Jacinto Benavente.
25. *Fantasmas*, por Manuel Linares Rivas.
26. *Rosa de Madrid*, por Luis Fernández Ardavín.
27. *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.
28. *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñoz Seca.
29. *La prisa*, por S. y J. Alvarez Quintero.
30. *La hija de Iorio*, por Gabriel D'Annunzio.
31. *La gaiana*, por Pilar Millán Astray.
32. *La malquerida*, por Jacinto Benavente.
33. *La española que fué más que reina*, por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
34. *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.
35. *Vida y dulzura*, por Santiago Rusiñol y G. M. Sierra.
36. *Las lágrimas de la Trini*, por C. Arniches y J. Abati.
37. *Como buitres*, por Manuel Linares Rivas.
38. *La Prudencia*, por José Fernández del Villar.
39. *El pan de cada día*, por Marcelino Domingo.
40. *Madame Pepita*, por Gregorio Martínez Sierra.
41. *Don Juan, buena persona*, por S. y J. Alvarez Quintero.
42. *El pueblo dormido*, por Federico Oliver.
43. *Señora ama*, por Jacinto Benavente.
44. *El secreto de Lucrecia*, por Pedro Muñoz Seca.
45. *La fuerza del mal*, por Manuel Linares Rivas.
46. *El bandido de la sierra*, por Luis Fernández Ardavín.
47. *La intrusa*, por Mauricio Maeterlinck.
48. *No te ofendas, Beatriz*, por C. Arniches y J. Abati.
49. *Los leales*, por S. y J. Alvarez Quintero.
50. *El collar de estrellas*, por Jacinto Benavente.
51. *El llanto*, por Pedro Muñoz Seca.
52. *Una mujer sin importancia*, por Oscar Wilde.
53. *Los intereses creados* y *La ciudad alegre y confiada* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
54. *Alfilerazos*, por Jacinto Benavente.
55. *La raza*, por Manuel Linares Rivas.
56. *Rosas de otoño* y *La honra de los hombres* (extra.: 60 céntimos), por Jacinto Benavente.
57. *La noche del sábado* y *La ley de los hijos* (extra.: 60 céntimos), por Jacinto Benavente.
58. *La comida de las fieras* y *Los malhechores del bien* (extra.: 60 cts.), por Jacinto Benavente.
59. *Juventud, divino tesoro*, por G. Martínez Sierra.
60. *Mimí Valdés*, por José Fernández del Villar.
61. *El azar*, por Federico Oliver.
62. *El ilustre huésped*, por S. y J. Alvarez Quintero.
63. *Las hijas del rey Lear*, por Pedro Muñoz Seca.
64. *Manolito Pamplinas*, por José María Granada.
65. *... Y después?*, por Felipe Sassone.
66. *No hay burlas con el amor*, por Alfredo de Musset.
67. *Los nuevos yernos*, por Jacinto Benavente.
68. *Lo que ellas quieren*, por Federico Oliver.
69. *El último mono*, por Carlos Arniches.
70. *Como hormigas*, por Manuel Linares Rivas.
71. *La condesa María*, por J. Ignacio Luca de Tena.
72. *Los sabios*, por Pedro Muñoz Seca.
73. *La jaca torda*, por José Mayral.
74. *¡Mecachis, qué guapo soy!*, por Carlos Arniches.
75. *Lirio entre espinas*, por Gregorio Martínez Sierra.
76. *Poca cosa es un hombre*, por P. Muñoz Seca y R. López de Haro.
77. *Por las nubes*, por Jacinto Benavente.
78. *Son mis amores reales*, por Joaquín Dicenta (hijo).
79. *Divino tesoro*, por Juan Ignacio Luca de Tena.
80. *La dama del armiño*, por Luis Fernández Ardavín.
81. *Lo que se llevan las horas*, por Felipe Sassone.
82. *«En Aragón hi nasco»*, por Arniches y García Marín.
83. *La mala ley* y *Primero, vivir* (extra.: 1 pta.), por M. Linares Rivas.
84. *La hija de la Dolores*, por Luis Fernández Ardavín.
85. *María Fernández*, por Pedro M. Seca y P. F. Fernández.
86. *Todo tu amor*, o *Si no es verdad, debiera serlo*, por Felipe Sassone.
87. *Buena gente*, por Santiago Rusiñol y G. Martínez Sierra.
88. *La mujer que necesito*, por E. Thuillier y S. L. de la Hera.
89. *Lo cursi*, por Jacinto Benavente.
90. *La cantaora del puerto*, por Luis Fernández Ardavín.
91. *Fuensanta la del cortijo*, por Enrique de Alvear.
92. *Anita la Risueña*, por Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
93. *La neña*, por Federico Oliver.
94. *El día menos pensado*, por Antonio Estremera.
95. *Bartolo tiene una flauta*, por Muñoz Seca y P. Fernández.
96. *Santa Isabel de Ceres*, por Alfonso Vidal y Planas.
97. *Doña Desdenes*, por Manuel Linares Rivas.
98. *Hamlet*, por Shakespeare.
99. *La propia estimación*, por Jacinto Benavente.
100. *La venganza de la Petra o Donde las dan las toman*, por Carlos Arniches.
101. *El doncel romántico*, por Luis Fernández Ardavín.

102. *La buena suerte*, por Pedro Muñoz Seca.
103. *Pimienta*, por José Fernández del Villar.
104. *Amanecer*, por Gregorio Martínez Sierra.
105. *Yo, tú, él... y el otro...* y *Noche de amor*, por Felipe Sassone.
106. *El carro de la alegría*, por A. Valero Martín y E. Carrère.
107. *En cuerpo y alma*, por Manuel Linares Rivas.
108. *El huésped del Sevillano*, por Enrique Reoyo y Juan Ignacio Luca de Tena.
109. *Campo de armiño*, por Jacinto Benavente.
110. *Dios dirá*, por Joaquín y Serafín Alvarez Quintero.
111. *La juerga*, por Federico Oliver.
112. *La novela de Rosario*, por Pedro Muñoz Seca.
113. *Juan de Mañara*, por Manuel y Antonio Machado.
114. *A martillazos*, por Manuel Linares Rivas y E. Méndez de la Torre.
115. *El hijo de Polichinela*, por Jacinto Benavente.
116. *¡Calla corazón!*, por Felipe Sassone.
117. *Mamá*, por Gregorio Martínez Sierra.
118. *El astrólogo fingido*, por P. Calderón de la Barca.
119. *Las zarzas del camino*, por Manuel Linares Rivas.
120. *La niña de los sueños*, por José María Granada.
121. *La mariposa que voló sobre el mar* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
122. *Flores y Blancaflor*, por Luis Fernández Ardavín.
123. *La virgen del infierno*, por Alfonso Vidal y Planas.
124. *El señor Adrián el primo o Qué malo es ser bueno* (extra.: 1 pta.), por C. Arniches.
125. *Dale un beso a papá*, por Antonio Suárez.
126. *Solera fina*, por J. Abati y J. Fajardo.
127. *El coloso de arcilla*, por Luis Araquistain.
128. *Contra genio, corazón*, por Luis Uriarte.
129. *La Lola* (extra.: 60 cts.), por P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
130. *Paloma*, por Felipe Sassone.
131. *El doctor Frégoli*, por Erzcinoff, versión de «Azorín».
132. *Catalina María Márquez*, por Francisco de Viú.
133. *Un caballero español* (extra.: 1 pta.), por L. Manzano y M. de Góngora.
134. *Los hijos de trapo*, por Emilio Méndez de la Torre.
135. *El caballero Lobo*, por Manuel Linares Rivas.
136. *La eterna invitada*, por J. I. Luca de Tena y M. de la Cuesta.
137. *Brandy, mucho brandy*, por «Azorín».
138. *El juramento de la Primorosa*, por Pilar Millán Astray.
139. *La muerte del dragón*, por Pedro Muñoz Seca.
140. *La boda de Quinita Flores*, por S. y J. Alvarez Quintero.
141. *Contrabandista valiente*, por Joaquín Dicenta (hijo).
142. *No tengo nada que hacer*, por Felipe Sassone.
143. *Los marineros*, por Enrique Suárez de Deza.
144. *Aire de fuera*, por Manuel Linares Rivas.
145. *Sinrazón*, por Ignacio Sánchez Mejías.
146. *La protegida*, por Manuel Fontdevila.
147. *Maitena*, por Etienne Decrept.
148. *Old Spain*, por «Azorín».
149. *El príncipe de Dinamarca* (versión libérrima de *Hamlet*), por Fernando de la Milla.
150. *La chica del Citroën*, por E. Suárez de Deza.
151. *Como Dios nos hizo*, por Manuel Linares Rivas.
152. *La vida sigue*, por Felipe Sassone.
153. *La tonta del bote*, por Pilar Millán Astray.
154. *Cabrita que tira al monte*, por S. y J. Alvarez Quintero.
155. *Los gorriones del Prado*, por Alfonso Vidal y Planas.
156. *La ilustre fregona*, por Diego San José.
157. *Comedia del arte*, por «Azorín».
158. *Frente a la vida*, por M. Linares Rivas.
159. *Los Cuatro Caminos*, por A. Custodio.
160. *Los salvajes*, por Alberto Ghiraldo.
161. *Los pastores*, por Gregorio Martínez Sierra.
162. *El chico de las Peñuelas*, por C. Arniches.
163. *Martierra*, por A. Hernández-Catá.
164. *El cuarto creciente* y *El señor Sócrates*, por M. Linares Rivas.
165. *Los que no perdonan*, por Eusebio Gorbea.
166. *El Clamor*, por P. Muñoz Seca y «Azorín».
167. *Don Luis Mejía*, por E. Marquina y Hernández-Catá.
168. *¡Sí, señor, se casa la niña!*, por Felipe Sassone.
169. *Te quiero, te adoro*, por E. Suárez de Deza.
170. *El rodeo*, por Luis Araquistain.
171. *Lo invisible*, por «Azorín».
172. *El nido ajeno*, por Jacinto Benavente.
173. *Cándida*, por G. Bernard Shaw.
174. *Tigre Juan*, por Julio de Hoyos.
175. *Gente conocida* y *El hombrecito* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
176. *Boy*, por Manuel Linares Rivas.
177. *«Parodi y Compañía»*, por Sabatino López.
178. *El fenómeno*, por José L. Mayral y J. Silva Aramburu.
179. *La pícara molinera*, por Asenjo y Torres del Alamo.
180. *Don Juan de Carillana*, por Jacinto Grau.
181. *La Meiga*, por F. Romero y G. F. Shaw.
182. *De la noche a la mañana*, por E. Ugarte Pagés y J. López Rubio.
183. *Pepita Jiménez*, por C. Rivas Cherif.
184. *El Conde de Valmoreda*, por M. Linares Rivas.
185. *El mal que nos hacen*, por Jacinto Benavente.
186. *Las hogueras de San Juan*, por J. I. Luca de Tena.
187. *La estrella de Don Benito*, por J. Téllez Moreno.
188. *La copla andaluza*, por A. Quintero y P. Guillén.
189. *La espuma del champagne*, por M. Linares Rivas.
190. *Las Verónicas*, por Muñoz Seca y Pérez Fernández.
191. *Nobleza baturra*, por Joaquín Dicenta (hijo).
192. *En Flandes se ha puesto el sol*, por E. Marquina.
193. *Hidalgo, Hermanos y Compañía*, por Felipe Sassone.
194. *El mismo amor*, por Manuel Linares Rivas.
195. *El marido de la señorita*, por Drégely Gábor.
196. *Ternura*, por Henri Bataille.
197. *Más allá de la muerte*, por Jacinto Benavente.
198. *El hombre que vendió la vergüenza*, por J. R. de la Peña y A. Lapena.
199. *El alcázar de las perlas*, por Francisco Villaespesa.
200. *La ermita, la fuente y el río* (extra.: 1 pta.), por Eduardo Marquina.
201. *Cuando ellas quieren* y *Cada uno a lo suyo*, por Manuel Linares Rivas.
202. *El mundo es un pañuelo*, por S. y J. Alvarez Quintero.
203. *El juicio de Mary Dugan*, por Bayard Veiller.
204. *Los cachorros*, por Jacinto Benavente.
205. *El caballero Varona*, por Jacinto Grau.
206. *El vaticinio o S. S. S.*, por Pedro Muñoz Seca.
207. *Bolívar*, por Francisco Villaespesa.
208. *Camino adelante*, por M. Linares Rivas.